

JUEVES SANTO

FAMILIA Y TRABAJO



Este Jueves Santo celebramos el lugar central de la Eucaristía en la vida del cristiano y la importancia de partir y compartir el pan con los hermanos. También recordamos a tantos sacerdotes que trabajan por la construcción del Reino de Dios, así como el servicio a los otros mediante el lavatorio de los pies. Así pues, queremos reflexionar acerca del mundo del trabajo y su relación con la realidad familiar ahondando así en el significado del lema que acompaña este año al Grupo de San Francisco **“HAZLO POSIBLE POR AMOR”**. Se proponen dos textos para la reflexión. El primero quiere ser una reflexión acerca de la visión y sentido cristianos del trabajo. En el segundo texto propuesto se nos habla acerca de la relación entre familia y trabajo, tantas veces conflictiva, abriendo caminos para reconciliar **trabajo, familia y vida**.

Nos queremos plantear estas cuestiones ya que como cristianos del s. XXI queremos *“desarrollar un compromiso cristiano progresivo en el mundo del estudio, del trabajo [...] y también en respuestas más radicales con los pobres desde el compromiso matrimonial, religioso, etc.”* (Proyecto de Vida del Grupo de San Francisco, 66).

SER CRISTIANO TAMBIÉN EN EL TRABAJO

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA
SACERDOTE Y TEÓLOGO

Aunque no se precisa tener fe para encontrar un sentido a nuestra actividad profesional, como modo privilegiado que es de servir a los demás, la Iglesia nos recuerda que el trabajo no es una realidad exclusivamente profana y que necesitamos integrarlo en la "vida nueva" del cristiano. ¿Cuál es entonces el valor cristiano del trabajo? Veamos cómo las motivaciones cristianas en el medio laboral no se sitúan junto a las motivaciones humanas, sino que se introducen en su interior dándoles mayor hondura y fuerza, y cómo podemos fomentar en nuestras comunidades la espiritualidad del trabajo.

Es significativa la apreciación de **Teilhard de Chardin**: *"No me parece que exagere al afirmar que, para las nueve décimas partes de los cristianos practicantes, el trabajo humano no pasa de ser un 'estorbo espiritual' "*. Me temo que no erró demasiado el famoso jesuita: en 2008, solo el 20% de los españoles se mostraron de acuerdo con que *"cumplir bien con el trabajo es una obligación religiosa"*

Según parece, estamos muy lejos de haber asimilado lo que nos recordaba no hace mucho el **papa Francisco**: *"¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos"* (Gaudete et exultate, 14). Parece necesario, por lo tanto, fomentar en los cristianos la espiritualidad del trabajo.

ACTITUDES ANTE EL TRABAJO

La **civilización greco-romana** manifestó muy poco aprecio hacia el trabajo, especialmente cuando se trataba de trabajo manual. **Platón y Aristóteles** consideraban que trabajar correspondía a los esclavos y a los siervos; los hombres libres debían dedicarse a cultivar su espíritu. Es verdad que los estoicos revalorizaron algo el trabajo, a pesar de lo cual observamos en **Cicerón** el más aristocrático desprecio hacia cualquier trabajo, y muy especialmente si se trata de trabajo manual. La verdadera revalorización del trabajo llegó con el cristianismo.

No podía ser de otra forma teniendo en cuenta que -con palabras de **Juan Pablo II**- *"aquel que, siendo Dios, se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de su vida terrena al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente 'Evangelio del trabajo'"* (Laboremexercens, 6).

Por eso, la **Iglesia de los tiempos apostólicos** manifestó hacia el trabajo una estima desconocida hasta entonces. *"Si alguno no quiere trabajar -decía rotundamente san Pablo-, que tampoco coma"* (2 Tes 3, 10). Y en otro lugar nos dice que el trabajo forma parte de la "vida nueva" del cristiano: *"El que robaba, que ya no robe, sino que trabaje con sus manos, haciendo algo útil"* (Ef 4, 28).

Sin embargo, poco a poco, el **influjo de Platón** hizo que aumentara la cotización de la vida contemplativa a costa de la activa. De hecho, el trabajo y la profesión encontraron solo una atención marginal en la obra de los Santos Padres. Y en la **Imitación de Cristo**, que ejerció un influjo inmenso sobre la espiritualidad cristiana, podemos leer: *"Comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar y estar sujeto a las demás necesidades que impone la naturaleza, constituye en verdad una gran miseria y aflicción para el hombre piadoso, que quisiera de buena gana verse libre de todo esto"*.

Naturalmente, no siempre fue tan negativa la actitud cristiana ante el trabajo. Se conservan, por ejemplo, numerosos sermones ad status elaborados **durante la Edad Media**. Estaban dirigidos a los más diversos estados, empezando por los prelados, clérigos y monjes, pasando por los nobles, caballeros y estudiantes de las universidades, hasta llegar a los labradores y artesanos, comerciantes, tratantes de caballos y taberneros, sin excluir siquiera a las rameras y a los rateros. A todos les ponían ante los ojos sus pecados profesionales, les daban consejos saludables tomados de la Escritura y los Padres y proponían un modelo bíblico profesional.

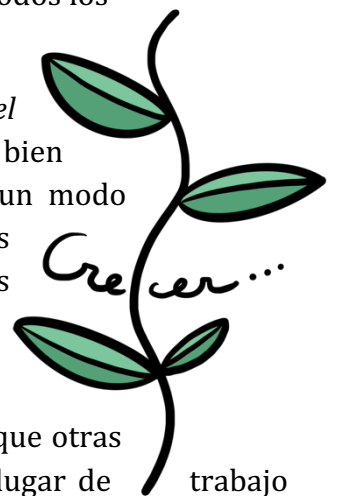
Pero ha sido necesario **esperar al siglo pasado** para que aparecieran distintas iniciativas orientadas a promover la espiritualidad del trabajo. Pensemos -por mencionar solo algunos ejemplos- en Carlos de Foucauld y sus Fraternidades, el cardenal Joseph L. Cardijn con la JOC, Josemaría Escrivá de Balaguer con el Opus Dei, Tomás Malagón y Guillermo Roviroso con la HOAC y D. Abundio García Román con las Hermandades del Trabajo.

EL VALOR HUMANO DEL TRABAJO

Naturalmente, no es necesario tener fe para encontrar sentido y dar densidad a la actividad profesional. Vamos a mencionar de modo sucinto algunos **valores del trabajo** que están al alcance de cualquier ser humano, creyente o no. Ante todo, el trabajo es -para quienes no están incapacitados- la forma más digna de obtener el sustento cotidiano. Por eso, no sería en absoluto suficiente un sistema de protección social que garantizara a todos los ciudadanos un nivel de vida decoroso, pero sin ofrecerles trabajo.

Recordemos aquella canción del padrenuestro: *"Que nunca nos falte el trabajo, / que el pan es más pan/ cuando ha habido esfuerzo"*. Pero sería bien pobre trabajar únicamente por exigencias estomacales. El trabajo es un modo privilegiado de servir a los demás: al levantarnos cada mañana, tenemos luz gracias a las personas que trabajan en empresas eléctricas. Nos lavamos gracias a quienes construyeron embalses y a quienes hacen llegar el agua a nuestros hogares.

Podemos comer porque ganaderos y agricultores produjeron alimentos que otras personas transportaron y comercializaron. Nos trasladamos a nuestro lugar de trabajo en unos medios de transporte que otros han puesto a nuestra disposición... y nosotros mismos, cuando termina la jornada laboral, hemos servido a otras muchas personas -la mayoría desconocidas- con nuestro esfuerzo.



Más allá de eso, el trabajo sirve también para hacer personas. Recordemos una frase justamente famosa de **Marx**: *"Todo lo que se puede llamar historia universal no es otra cosa que la producción del hombre por el trabajo humano"*. Esto ocurre en el doble sentido de hominización y humanización. En primer lugar, podemos decir que, en el proceso de evolución de las especies, "nuestros peludos antepasados" -como los llamaba **Engels**- empezaron a ser humanos cuando tallaron algunas herramientas (por muy rudimentarias que fueran) para trabajar. Se ha sostenido frecuentemente, en efecto, que la invención de la herramienta constituye el acta de nacimiento del hombre.

En segundo lugar, los seres humanos han ido creciendo en humanidad gracias al trabajo. Con pleno derecho esperamos de nuestro trabajo no solo "tener más", sino "ser más". *"Responde plenamente al plan de la Providencia -dijo **Juan XXIII** que cada hombre alcance su propia perfección mediante el ejercicio de su trabajo diario"* (Mater et magistra, 256).

Esto exige, naturalmente, disfrutar de lo que la OIT llama un **"trabajo decente"**, algo que desgraciadamente no siempre ocurre. Hace ya bastantes años me impactó el comentario de un capellán de la JOC: *"Resulta tan fácil hablar del trabajo con un obrero como del amor con una prostituta"*. Comparación brutal, pero frecuentemente verdadera.

VALOR CRISTIANO DEL TRABAJO

Hasta aquí hemos hablado del valor humano del trabajo. Pero eso no es suficiente para los cristianos. En el **Bendicional** que encontramos en todas las sacristías hay fórmulas para bendecir la casa, los campos, tierras de cultivo y terrenos de pasto, el taller, los instrumentos de trabajo, etc. La Iglesia ha querido recordarnos así que el trabajo no es una realidad exclusivamente profana y necesitamos integrarlo en la "vida nueva" del cristiano. Recordemos que **san Pablo** nos invitaba a que todo cuanto hagamos a lo largo del día -por tanto, también el trabajo lo hagamos para gloria de Dios. Me refiero a lo que leemos en 1 Cor 10, 31: *"Ya comáis, bebáis o hagáis otra cosa cualquiera, hacedlo todo para gloria de Dios"*. Desgraciadamente, la mayoría de los cristianos no saben qué deberían hacer para conseguirlo.

A continuación, recordaremos en qué radica el **valor cristiano del trabajo**. Conviene advertir que la fe no proporciona al trabajo nuevas motivaciones que se añadirían a las motivaciones recordadas anteriormente como si fueran sumandos del mismo orden. Las motivaciones cristianas no se sitúan junto a las motivaciones humanas, sino que se introducen en su interior dándoles mayor hondura y fuerza. Repasémoslas.

CON NUESTRO TRABAJO PROLONGAMOS LA ACTIVIDAD CREADORA DE DIOS

Ya en la primera página de la Biblia encontramos una afirmación importante para nuestro tema. Es muy significativo que el relato sacerdotal no desdeñe calificar el **acto creador de Dios** como un trabajo de seis días que exigió después un descanso. Esto es más importante de lo que parece, porque la idea de un Dios creador no aparece en la mitología griega. Del mismo modo que los hombres libres no trabajaban, dejando esa tarea a las clases sociales inferiores, tampoco Dios quiso ensuciarse las manos con el mundo y dejó esa tarea a un dios inferior, el **demiurgo**. Después de afirmar que Dios hizo a los seres humanos "*a su imagen y semejanza*" (Gen 1, 26- 27), el autor sacerdotal añade el mandato de dominar la creación (v. 28).

Los **Padres antioquenos** entendían que ambas cosas están estrechamente relacionadas: para ellos, el ser humano no es imagen de Dios ante todo por su razón, o por su libertad, o por tener un alma inmortal -cualidades que también encontramos en los ángeles y no por eso el texto sagrado dice que hayan sido creados a imagen de Dios-, sino por el dominio que ejerce sobre las criaturas mediante su trabajo. En la Biblia no es el hombre parado, sino el trabajador, quien aparece como imagen de Dios. Es un **mikroktístes**, un pequeño creador. Dios descansó después de crear a los seres humanos, precisamente porque tenía ya quienes continuaran su obra. Por eso los bendijo diciendo: "*Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla*" (Gen 1, 28).

Poéticamente decía **Paul Claudel** en 1935: "*Es necesario socorrer esta creación que gime y que tiene necesidad de nosotros. Es preciso acudir en socorro de la humanidad ante todo, pero también es necesario acudir en socorro del bosque, es necesario acudir en socorro de la zarza que quiere convertirse en rosal; es necesario acudir en socorro del río caudaloso que nos ruega le impidamos desbordar; es preciso acudir en socorro del pájaro y de la bestia bruta*".

Hemos dicho que, mediante su trabajo, los seres humanos continúan la obra creadora de Dios. Pero sería más exacto decir que, por medio del ser humano, el mismo Dios "*sigue todavía trabajando*" (Jn 5, 17). Eso se afirma expresamente del farmacéutico: "*El boticario hace sus mezclas y así las obras del Señor no tienen fin*" (Sir 38, 7 -8).

Así, pues, el trabajador es un **co-laborador de Dios**. Con los ojos de la cara solo vemos una persona humana trabajando. Pero es Dios -"*la fuerza de su fuerza*" (cfr. Ex 15, 2; Sal 118, 14; Is 12, 2; 49, 5)- quien hace posible su trabajo. Refiriéndose a Besalel, dice el libro del Éxodo: "*Le ha llenado del espíritu de Dios, dándole habilidad y maestría para realizar todo tipo de obras, para proyectar y fabricar piezas en oro, plata y bronce, para labrar piedras de engaste, tallar la madera y ejecutar cualquier otra labor de artesanía*" (Ex 35, 31-33). Significativamente, Besalel quiere decir en hebreo "*a la sombra de Dios*".

Con razón dice el salmista: "*Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles*" (Sal 127, 1), y por eso rezamos en el Padrenuestro: "Danos hoy nuestro pan de cada día" (Mt 6, 11),

que podríamos glosar así: *"El pan que necesitamos cada día dónosle hoy bendiciendo nuestro trabajo"*. **Leonardo da Vinci** lo entendió muy bien cuando oraba así: *"Oh, Señor, Tú nos das los bienes y nos pides a cambio la fatiga"*

PENALIDAD DEL TRABAJO

Hablemos, precisamente, de esa fatiga. La etimología de la palabra "trabajo" sugiere en casi todas las lenguas cierta penalidad. El griego **pónos** significa cansancio y padecimiento. Lo mismo ocurre con el **labor** latino, que deriva del verbo Jaba: tambalearse, vacilar. La palabra castellana trabajo, deriva del sustantivo **tripalium**, una especie de cepo formado por tres palos cruzados que se utilizaba en el pasado para sujetar a los reos mientras eran torturados.

¿Quién no ha oído que el trabajo es un castigo del pecado porque dijo Dios: *"Comerás el pan con el sudor de tu frente"* (Gn 3, 19)? Pues bien, no es así. Según la tradición ya vista, tras crear al hombre, Dios lo tomó *"y le dejó en el jardín del Edén, para que lo cultivara y lo guardara"* (Gn 2, 15). El pecado vino después (Gn 3). También en el relato sacerdotal vimos que el encargo de dominar la tierra mediante el trabajo tuvo lugar antes de cualquier pecado.

Lo que llegó con el pecado fue un cambio en la condición del trabajo. Según **santo Tomás de Aquino**, antes de la caída, el trabajo resultaba *"agradable, por ejercitar una capacidad natural"*, pero después eso se perdió: *"Con fatiga comerás los frutos de la tierra todos los días de tu vida. Ella te dará espinas y cardos, y comerás el pan con el sudor de tu frente"* (Gn 3, 17-18).

Naturalmente, la penalidad del trabajo no es un castigo introducido desde fuera por Dios, sino un desorden introducido libremente por aquel a quien Dios había entregado el mundo para que lo dominara. De hecho, la historia bíblica posterior manifestará las consecuencias funestas del pecado para el trabajo: abuso sobre el débil, al que se le priva de sus haberes (Am 5, 11), obreros no pagados (Jer 22, 13), trabajos forzados (2 Sam 12, 31; Ex 1, 13-15), esclavos maltratados y condenados a trabajos inhumanos (Sir 33, 25- 29), así como un sentido de infinita frustración ante tanta fatiga como comporta el trabajo (Qoh 2, 22-23). Y a lo largo de la historia el egoísmo humano ha seguido añadiendo nuevas penalidades al trabajo, de forma que **Pío XI** constató en 1931: *"De las fábricas sale ennoblecida la materia inerte, pero los hombres se corrompen y se hacen más viles"* (Quadragesimoanno, 135).

Sin embargo, decía **santo Tomás** que *"lo que es natural al hombre ni se le añade ni se le retira por el pecado"*. Debido a ello, aun después del pecado, el trabajo conserva las funciones que le son propias y vimos anteriormente.

LA REDENCIÓN DEL TRABAJO

Así, pues, en el trabajo humano aparecen entremezclados el gozo y la penalidad. Existe, desde luego, cierta resistencia de la materia al esfuerzo humano, generadora de una penalidad que podríamos llamar "natural". Pero hay también una penalidad adicional -fruto del pecado- y esta debe ser objeto de redención (Pío XI empleó precisamente la expresión "redención del proletariado" en *Quadragesimoanno*, 59).

Muchos se han preguntado por qué Jesús dedicaría casi toda su vida a trabajar oscuramente con sus manos y solo tres años -en el mejor de los casos- a predicar el Evangelio. Pues muy sencillo: según reza un conocido principio soteriológico, *"lo que no ha sido asumido no ha sido sanado"*. Y, como no podía vivir todas las profesiones y todos los oficios a la vez, escogió la condición que vive la inmensa mayoría de las personas: **fue trabajador manual**.



En la sede de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), en Ginebra, existe un mural que representa a Cristo sentado sobre un banco de carpintero y rodeado de instrumentos de trabajo. A un lado, puede verse a María y José. Al otro lado, un grupo de trabajadores y trabajadoras de hoy. Es un fresco financiado por el Movimiento Internacional de Sindicatos Cristianos que fue inaugurado en 1931. Durante la visita realizada por Pablo VI a la sede de la OIT en 1969, elogió dicho mural *"en el que -dijo- aparece Cristo trayendo la buena nueva a los trabajadores que lo rodean"*.

En esa pintura Jesús aparece vestido con una túnica larga, mientras que los hombres y mujeres que hay a su lado llevan ropas de trabajo actuales. Esa diferencia de atavíos debería recordarnos que el trabajo de nuestras fábricas se parece muy poco al del taller de Nazaret, en el que se ha inspirado casi en exclusiva la predicación cristiana.

Hace más de doscientos años, en un pasaje ya clásico, **Adam Smith** describió la fabricación de un alfiler. Un trabajador al viejo estilo, que realizara por sí solo todas las operaciones necesarias, difícilmente podría fabricar un alfiler cada día, y desde luego nunca más de veinte. En contraste con ello, el economista escocés describía una "manufactura" que había visitado en la cual las 18 operaciones necesarias para fabricar el alfiler eran realizadas por diez obreros distintos, cada uno de los cuales se había especializado en una o dos de esas operaciones. Entre todos ellos producían más de 48.000 alfileres al día; es decir, 4.800 por obrero.

Aumenta la producción, sí; pero la división del trabajo, como cualquier otro proceso, puede atravesar un umbral a partir del cual se deshumaniza. Fraccionado en partes infinitesimales, el trabajo es para quien lo ejecuta una actividad ininteligible, envilecedora, estúpida. ¿A qué ha quedado reducido un trabajador cuya única tarea es fabricar infinitas veces un dieciochavo de alfiler? Recordemos la película *Tiempos modernos*, en la que **Charlot** no hace más que apretar tuercas y acaba tratando del mismo modo los botones del vestido de una señora. Como decía un obrero, "*casi todos nosotros tenemos unas tareas que resultan demasiado pequeñas para nuestro espíritu*". Así no pueden ser las cosas.

Busquemos nuevamente inspiración en el relato de la creación. Dios concibe el mundo antes de realizarlo: "*Dijo Dios: 'Haya un firmamento'; e hizo Dios el firmamento...*" (Gen 1, 6-7). El trabajador solo se verá a sí mismo como imagen de Dios cuando pueda planear su trabajo antes de realizarlo, porque en eso precisamente se distingue de los animales, como muy bien vio Marx: "*Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero hay algo en que el peor maestro de obras aventaja a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro*".

Gracias a esa íntima unión entre la cabeza que piensa y la mano que ejecuta, el ser humano puede expresarse mediante su trabajo. Por eso, la redención del trabajo no se limita a lograr mejores salarios y más tiempo de descanso, sino que exige humanizar el mismo proceso de producción. El trabajo maquinal debe quedar para las máquinas.

TRABAJAMOS PARA LA ETERNIDAD

El trabajo del que hemos venido hablando hasta aquí es una realidad vinculada a nuestra existencia terrena. ¿Tendrá también algún significado más allá de la muerte? El Apocalipsis (Ap 14, 13), refiriéndose a los muertos que mueren en el Señor, dice que "*sus obras los acompañan*". ¿Cómo debemos entender esa frase: nos acompañarán los méritos que adquirimos con nuestras obras o nos acompañarán de algún modo nuestras mismas obras?

Es una pregunta que **Rondet** planteó ya en 1955 en un artículo famoso: "*¿Se impone el pensar que de todas las obras del hombre no quedará más que la caridad que haya presidido su realización? Y ¿qué sería de un Branly (...) sin relación alguna con el invento que ha hecho su gloria? ¿Qué de un pintor cristiano sin su obra, de un músico, de un poeta, sin sus sinfonías, sin sus epopeyas?*". Y respondía: "*Si hemos de decir la verdad, ante semejante cuestión no podemos sino balbucir. Es inútil que pretendamos representarnos lo que será el universo resucitado (...), pero, sin caer por ello en no sé qué mesianismo terreno y camal, 'afirmamos que es el trabajo humano mismo, desde el más humilde obrero hasta el más genial inventor, lo que adquiere un valor de eternidad'*" Esa convicción, que Rondet sugería con tanta prudencia, fue ratificada diez años después por el **Concilio Vaticano II**: "*Todos los frutos buenos de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados,*

cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal" (Gaudium et spes, 39 c). Esta es, sin duda, una buena noticia: ¡Estamos trabajando para la eternidad!

Sin negar la discontinuidad existente entre nuestro mundo y el futuro absoluto que ocurrirá más allá de la muerte, es necesario afirmar también que habrá cierta continuidad entre ambos. Al construir un mundo más humano, se va haciendo presente ya en la tierra algo del Reino definitivo. Desde luego, sería incorrecto decir que mejorando el mundo estamos construyendo el Reino de Dios, porque solo Dios puede hacer realidad la plenitud del Reino, pero nosotros preparamos -y nuevamente cito palabras de la Gaudium et spes- *"el material del Reino de los cielos"* (Gaudium et spes, 38 a); material que, llegado el momento, recibirá de Dios su transformación definitiva. Podríamos compararlo con lo que ocurre en la eucaristía. Solo Dios puede hacer presente a Cristo resucitado en el pan y el vino consagrados, pero nosotros debemos preparar el pan y el vino, porque si no lo producimos y no lo ponemos sobre el altar, no podrá haber presencia real de Cristo.

El Concilio Vaticano II, al hacer estas afirmaciones, no tuvo miedo de calificar como "ministerio" la entrega a las tareas temporales: *"... y mediante este ministerio preparen el material del Reino de los cielos"* (hoc suo ministerio materiam regnicælestis parantes). Esto es fundamental para dar un sentido religioso al trabajo de cada día. El laico cristiano debe tener muy claro que no cumple sus deberes religiosos solamente en la iglesia o en su casa cuando se pone a rezar. Antiguamente los cristianos se preguntaban con preocupación: *"¿Qué es lo que tenemos que darle a Dios y qué es lo que tenemos que darle al mundo?"*.

Sea cual fuere el porcentaje, se sentían divididos. Eso debe terminar para siempre. Como dijeron muy bellamente los obispos latinoamericanos, podemos y debemos. *"transformar nuestro trabajo y nuestra historia en gesto litúrgico"*. En la Edad Media lo habían entendido así los maestros de los gremios. Cuando donaban a la Iglesia una vidriera, representaban en ella las técnicas de su oficio. Era una forma de hacer presente en el templo el trabajo humano. Como dijo muy bien **Schillebeeckx**, *"celebramos en el templo lo que se realiza fuera del templo, en la historia humana"*

NECESIDAD DE UN DISCERNIMIENTO PROFESIONAL

Naturalmente, no cualquier trabajo sirve para "*preparar el material del Reino de los cielos*". Para la mayoría de las personas, el trabajo es tan solo una venta de su esfuerzo a cambio de un salario, e importa muy poco en qué se emplee ese esfuerzo. De acuerdo con la mentalidad corriente, es posible tener un "buen" trabajo en una fábrica de armas y un "mal" trabajo en una organización benéfica. Diversos estudios sociológicos realizados en nuestro país lo han puesto de manifiesto sin dejar lugar a dudas: El 77% de los adultos españoles valoran ante todo que el trabajo esté bien remunerado, y únicamente el 21 % valoran que sea útil a la sociedad. No solo es un porcentaje muy bajo, sino que además va descendiendo año tras año (treinta años antes, en 1981, era más del doble: el 44%)

Un trabajo puede ser interesante -e incluso estimulante y apasionante y, sin embargo, no ser socialmente necesario. Un abogado de empresa, por ejemplo, cuyo trabajo consista en ayudar a su compañía a superar estratégicamente a otra es probable que sea lo bastante inteligente como para dudar de la utilidad social de lo que está haciendo, y eso le producirá una alienación aliviada solo en parte por sus ingresos relativamente elevados. Hay preguntas ineludibles: ¿a quién sirvo yo con mi trabajo? ¿En qué forma el trabajo que yo hago contribuye a consolidar una situación social de tipo más o menos injusto? ¿Cuáles son los intereses de clase, intereses de grupo, que se benefician de mi actividad profesional?

Necesitaríamos recuperar el discernimiento del pasado, que prohibía a los cristianos determinadas profesiones y actividades por considerarlas incompatibles con el seguimiento de Jesús. Por ejemplo, la **Tradición apostólica** -conocida en Roma ya en los primeros años del siglo III, que suele atribuirse a san Hipólito, aunque es una obra de autoría y datación inciertas-, negaba la admisión al bautismo a gladiadores, falsificadores de monedas, astrólogos, adivinos, prostitutas y regentes de burdeles, etc. Naturalmente, hoy sería necesario actualizar la lista.



¿EL CIELO SERÁ DE VERDAD EL "DESCANSO ETERNO"?

La cuestión de si el trabajo tendrá algún significado después de la muerte sugiere todavía una pregunta más arriesgada: ¿trabajaremos también en el cielo? Naturalmente, teniendo en cuenta que *"nunca el ojo vio, ni el oído oyó, ni nadie ha podido imaginar lo que Dios ha preparado para quienes le aman"* (1 Cor 2, 9), es arriesgado afirmarlo. Pero no es menos arriesgado designar el cielo como "el descanso eterno". Ya **Montesquieu** se lamentaba de ello: *"Se debería haber incluido la ociosidad continuada entre las penas del infierno; me parece que, por el contrario, se la ha puesto entre las alegrías del paraíso"*. **Pierre Benoit**, abordando este asunto desde la Sagrada Escritura, responde afirmativamente a nuestra pregunta: *"El trabajo, ley normal del hombre, se proseguirá en la vida eterna, pero volverá a ser lo que era antes de la caída: servicio alegre y sin sujeción"*. No hace falta aclarar -supongo- que, cuando Benoit habla de "trabajo" en la otra vida, está empleando un lenguaje analógico.

TRABAJO Y DESCANSO

Después de hablar tanto de las excelencias del trabajo, no deberíamos olvidar una advertencia de **Machado**: *"Conviene que nuestro himno (al trabajo) no suene a canto de negrero, que jalea al esclavo para que trabaje más de la cuenta"*. La URSS estableció en 1938 el premio a los "Héroes del Trabajo Socialista", otorgándoles la Orden de Lenin y la medalla de oro "Hoz y Martillo"; además, cuando alguno de ellos conseguía el premio por segunda vez, se erigía en su ciudad natal una escultura de su busto en bronce. Con todo ello buscaban que los obreros se entregaran a un trabajo frenético.

También en el mundo capitalista existen adictos al trabajo que presumen de no tomarse vacaciones, viven solo para trabajar y no tienen tiempo para ningún interés ajeno a su profesión. Terminemos estas reflexiones volviendo al relato bíblico de la creación: si Dios puso fin a su trabajo creador descansando el séptimo día, el hombre *"debe imitar a Dios tanto trabajando como descansando"* (Laboremexercens, 25 c). Por eso, el Decálogo no nos manda solo trabajar, sino también descansar: *"Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para Yahvé, tu Dios"* (Ex 20, 9-10). Debemos descansar no solo para recuperar las fuerzas perdidas, sino, además -y sobre todo- para disfrutar de los frutos del propio trabajo y del trabajo de los demás: trabajamos para vivir, no vivimos para trabajar.

FAMILIA Y TRABAJO: CONDICIONES LABORALES Y VIDA FAMILIAR

ANA BERÁSTEGUI PEDRO-VIEJO

INVESTIGADORA DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE LA FAMILIA. UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

1. DE LA CONCILIACIÓN A LA CORRESPONSABILIDAD

Los enormes cambios demográficos en la familia, en el trabajo y en las políticas públicas de las últimas décadas asumen un cambio claro en los roles externos en los miembros de la pareja. En gran medida, se ha dado sin que se hayan revisado los patrones sobre qué es y debe ser, sentir y hacer un hombre y una mujer en la familia y cómo se debe plasmar esto en las relaciones de pareja. Todavía existe una gran diferencia entre lo que se dice, lo que se piensa, lo que se siente y lo que se hace en el campo de la igualdad de derechos entre varones y mujeres.

Por ejemplo, el hombre sigue obteniendo gran parte de su autoestima de su realización en el trabajo, de manera que tiende a estresarse más con los problemas laborales y a entrar en crisis cuando percibe inestabilidad en su puesto de trabajo o deja de ser considerado productivo, mientras que las mujeres se desequilibran más afectivamente con las situaciones de malestar de los miembros de la familia y entran en crisis cuando empiezan a sentirse menos necesarias para los miembros de su familia.

Esto ha hecho que la conciliación de la vida familiar y la vida laboral se haya entendido históricamente como reto de la mujer, generando en esta una gran sobrecarga de rol. Ellas han querido demostrar durante generaciones que pueden trabajar sin dejar de atender a su familia tal y como lo harían si no trabajaran. Esto es una paradoja; atender a todas las necesidades de la familia y del hogar es una tarea que, sola, ocupa algo más de ocho horas al día.

Con la llegada de los hijos o el envejecimiento de sus mayores, ha recaído sobre ellas la decisión sobre «cómo conciliar», pudiendo decidir entre dejar el trabajo (con las consecuencias personales para ellas y socioeconómicas para toda la familia), reducir la jornada laboral y la implicación laboral (y con ello el salario, la seguridad y las posibilidades de promoción), iniciar una doble carrera laboral (doble jornada, doble turno, doble lista), «subcontratar» o delegar las tareas familiares o abandonarlas y dimitir. Frente a la conciliación de la mujer, nos encontramos ante el paradigma de la corresponsabilidad de la familia.

COMPARTIR LA RESPONSABILIDAD EN PAREJA

Para superar la sobrecarga de rol, que ocasiona mucha insatisfacción y una posible dimisión emocional o física de algunas tareas laborales o familiares, es muy importante poder redistribuir los roles en la familia. El aumento de la implicación familiar y doméstica del padre es, en estos momentos, uno de los factores clave para la conciliación de la vida familiar y laboral de ambos. Hay que aclarar que esto supone para la mujer la cesión de espacios de poder, de identidad y de disfrute que le eran propios hasta hace bien poco.

Además, como es lógico, el aumento en la corresponsabilidad supone un aumento exponencial de las situaciones de toma de decisiones compartidas. Hay mucho que negociar en el día a día: ¿quién va hoy a por los niños?; ¿a quién le toca hacer la compra?; ¿quién tiene que pedirle al jefe que cambie la reunión?; ¿quién puede cubrirme esta tarde?; ¿puedo aceptar este ascenso?; ¿qué cenamos hoy?; ¿quién hace la cena?... la falta de guiones sobre cómo hay que tomar estas decisiones y los posibles patrones diferenciales de comunicación elevan mucho la conflictividad en la relación de pareja y con los hijos. El aumento en la incertidumbre aumenta también las probabilidades de conflicto.

Sin embargo, el conflicto ofrece también la posibilidad de encontrar soluciones satisfactorias para todos, en las que todos asuman responsabilidades familiares y todos tengan también la oportunidad de participar en el crecimiento de la familia. Crear un equipo en este sentido aumenta, en el medio plazo, la congruencia de rol, el bienestar de la pareja y de cada uno de los miembros de la familia.

En este aumento de la toma de decisiones compartidas, corremos el riesgo de intentar «gestionar la familia» y «gestionar a los hijos». Estos términos, recientemente popularizados en el argot de la educación familiar, nos permiten detectar cómo el lenguaje del trabajo, de la empresa, penetra en las relaciones familiares. Sin embargo, la familia no puede ser vista como un segundo trabajo. Es importante primar la presencia y la comunión sobre la productividad y la cooperación. A pesar de que hay tareas que desarrollar y objetivos que lograr, siempre el estar, el escuchar, el compartir... estarán por encima de la gestión.

Compartir la responsabilidad con otros durante mucho tiempo se han puesto en cuestión los efectos que podría tener en los niños el hecho de ser cuidados por personas distintas de su madre. Bajo el paradigma de la maternidad intensiva se consideraba la tarea del maternaje como perteneciente a la madre, indivisible en sus contenidos y necesitada de cierta exclusividad. Sin embargo, la investigación reciente concluye



muy claramente que el empleo de los dos cónyuges no tiene, por sí mismo, ningún efecto, ni positivo ni negativo, sobre el desarrollo de los niños, y que los efectos del cuidado parental sustituto dependerán de la calidad, la estabilidad y la relación de confianza que se establezca entre los padres y los cuidadores que ayuden en esta tarea (abuelas, cuidadoras, profesoras...).

Por ello, una de las claves del éxito de la conciliación dependerá de la capacidad de disponer de un apoyo en el cuidado familiar adecuado, estable y de confianza y de la capacidad de los padres y madres de establecer relaciones de cooperación y no de conflicto o dimisión frente a las personas que cuidan de sus hijos una parte importante del día.

CORRESPONSABLES CON LA EMPRESA

Hay que tener en cuenta que la implicación del padre en las tareas de la casa y el cuidado no solo depende de su voluntad, sino también de la inclusión del varón como sujeto de conciliación en las culturas de empresa. Las empresas familiarmente responsables multiplican el compromiso de sus trabajadores a cambio de ceder flexibilidad y control a sus trabajadores.

– *Flexibilidad laboral y planes de conciliación*: cuanto mayor es la cultura de conciliación de una empresa, menores son las tensiones personales asociadas: la posibilidad de elegir horario, la flexibilidad en las entradas y las salidas, el teletrabajo, la posibilidad de ganar días libres haciendo horas extra o la evaluación por resultados son cuestiones que facilitan mucho el llegar a todas las tareas y asumirlas con menos estrés.

– *Mayor control sobre el trabajo*: la posibilidad de poner límites al trabajo, en el día a día y en el plan de carrera profesional, es también una garantía de conciliación. No es solo la familia tiene que adaptarse, sino que la carrera profesional también se puede diseñar en función de las necesidades familiares en un momento dado, siempre que en la empresa exista esa posibilidad.

2. RECONCILIAR PARA CONCILIAR

El siguiente paso sería analizar la relación entre familia y trabajo en nuestras vidas como laicos, desde una perspectiva creyente. ¿Qué nos ayuda a construir un engranaje entre nuestra propia familia y nuestro trabajo para hacer la vida humana más humana? ¿Cuáles son los caminos de reconciliación que nos encaminan hacia una mejor conciliación?

RECONCILIARNOS HOMBRES Y MUJERES

Hombres y mujeres están llamados a esta doble vocación en la familia y en el trabajo, independientemente del modo en que se organicen los tiempos y las tareas y de cómo la pareja, como unidad, organice su participación en esta doble vocación. Dar libertad a la mujer para salir al mundo laboral y dar permiso al hombre para entrar en casa, los hará más completos y mejores compañeros, más libres para decidir cómo entregarse a ambas vocaciones más generosos en la entrega.

Es importante también recuperar la mirada personalista sobre hombres y mujeres, sin relacionarnos con estereotipos, no mutilar las posibilidades de las personas, no imponer caminos ya transitados, sino dejar a cada uno desarrollarse en la plenitud de sus capacidades.

RECONCILIARNOS CON EL TRABAJO

Creo que un cristiano debe luchar contra la cultura del trabajo como una "maldición bíblica", contra la cultura del presentismo y del fraude en el trabajo. Valorando su función como modo de participar en la creación de un mundo mejor, participará creativamente de su entorno laboral (aunque también, tendrá que decidir en qué empresas quiere colaborar y en cuáles no). Escatimar esfuerzos y rigor en el trabajo tiene que ser entendido como un robo, no solo a la empresa o al usuario de sus servicios, sino a la empresa de construir un mundo mejor.

Dicho esto, el cristiano también debe distinguir entre trabajar para ganársela vida y matarse a trabajar. En este sentido, tenemos que hacernos con honestidad algunas preguntas: ¿qué vida queremos ganar?; ¿qué pan necesitamos para vivir? Así podríamos analizar hasta qué punto las necesidades de consumo que nos hemos creado nos restan posibilidades de disfrutar de la vida familiar, elegir determinadas condiciones de trabajo. Tenemos que reflexionar sobre los objetos de consumo en los que muchas veces estamos valorando nuestro bienestar y dignidad. Preguntarnos: ¿de qué pan vivimos? y recordar que *«no solo de pan vive el hombre»*.

RECONCILIARNOS CON EL TIEMPO

Una de las características de la vida moderna, derivada de los problemas de conciliación, del tipo de vida de las sociedades urbanas y de la irrupción de las tecnologías de la comunicación en la vida cotidiana, es que vivimos apresuradamente, corriendo con permanente prisa. En este ritmo acelerado tenemos la vida cotidiana milimétricamente controlada, sin dejar espacio para la experiencia, la relación profunda y la reflexión, que

necesitan otra comprensión del tiempo. ¿Vivimos automatizadamente, con el piloto automático puesto, «alienados»?

De igual manera, tenemos que intentar ser dueños de nuestro presente y no esclavos del futuro. Permítaseme la licencia, ya que se trata de juzgar, de plantear que la obsesión por la seguridad en el mañana (la obsesión por encontrar un trabajo cómodo y seguro, tener una casa en propiedad, ahorrar para el día de mañana) supone, en cierto modo, «hipotecar la vida», en lugar de vivir «como los lirios del campo».

RECONCILIARNOS CON LA POLÍTICA

No es sólo la familia la que tiene que adaptarse a las nuevas condiciones sociales, sino que el mundo del trabajo también tiene que cambiar, y tenemos que hacerlo cambiar y hacerle entender que las cuestiones de conciliación benefician a los trabajadores y sus familias, y también a las empresas y a la sociedad. No hay otra forma de generar estos cambios que no sea a través de la participación pública.

«Sería un grave error creer que las transformaciones actuales acaecen de modo determinista. El factor decisivo de esta compleja fase de cambio es, una vez más, el hombre, que debe seguir siendo el verdadero protagonista de su trabajo. Puede y debe hacerse cargo de modo creativo y responsable de las actuales transformaciones, para que contribuyan al crecimiento de la persona, de la familia, de la sociedad en la que vive y de la entera familia humana».

RECONCILIAR FAMILIA, TRABAJO Y VIDA

Bajo mi punto de vista, recordarnos cotidianamente cómo lo que hacemos en nuestro trabajo y la relación que establecemos con nuestra familia es nuestro modo de participar en el plan amoroso de Dios con el mundo, nos puede ayudar a revalorizar el propio trabajo y la vida en familia y a afrontar esta tarea con alegría.

La persona que renuncia a una de estas facetas de la vida, la generativa y la productiva, el amor y el trabajo, exigirá demasiado a la otra: le pedirá a su trabajo que sea como su familia, o vivirá a sus hijos como si fueran obra de sus manos, producto de su trabajo. Ahora, sin embargo, se llega a renegar de ambas esferas y se habla de conciliación de la vida familiar, laboral y personal, como si no fuera personal lo que hacemos en el trabajo y en la familia; como si la persona necesitara encontrar tiempos para la realización personal en el ocio y tiempo libre, en compartimentos externos a «la vida», fuera de sus dos ámbitos preferenciales de realización y vinculación al mundo, que son la familia y el trabajo.

Muchas personas se viven atrapadas y encerradas, dando la razón a quienes, cuando dices que vas a ser padre o que empiezas a trabajar, te dan el pésame: «¡se te acabó la buena vida!». Pues es posible que se acabe la buena vida, pero se puede empezar una vida buena, en la que la familia y el trabajo no sean cargas y lastres para la vida, sino espacios de creatividad, de compromiso y de construcción de nuestra vida y nuestro mundo. Sería precioso acostarnos cada noche, mirar cansados al día que hemos vivido, mirar a nuestra familia, mirar nuestro trabajo y poder sentir con sinceridad las palabras del Génesis: «Y vio Dios que era bueno».